La Fiesta de los Manantiales. Una aproximación al cambio y continuidad de la tradición religiosa entre los nahuas de Pahuatlán[1]

Eliana Acosta Márquez

A partir de la Fiesta de los Manantiales, que llevan a cabo los nahuas de Pahuatlán en el marco de la celebración de la Santa Cruz, este artículo pretende explorar el proceso tanto de cambio como de continuidad de una tradición religiosa, la cual a la vez que expresa una visión del mundo anclada en la creencia de los dueños y aires, deja ver adaptaciones y transformaciones a partir de dos factores fundamentales: la creciente presencia del dogma católico instrumentalizada por un programa de reevangelización y la introducción del sistema de partidos que, entre esta población situada en la zona occidental de la Sierra Norte de Puebla, en particular en la comunidad de Atla, se ha centrado en la disputa por el uso de los manantiales.

No cabe duda que un tema clásico de la antropología ha sido el de la tradición, noción desde la cual se ha demarcado un problema central de la cultura: la persistencia y transmisión de las costumbres y creencias que constituyen la diversidad de formas de existencia. Aun cuando a partir de la tradición se ha destacado especialmente la continuidad que posibilita tanto la cohesión como la identidad de todo tipo de agrupación social, también se ha dejado ver la relevancia del cambio como condición de la misma permanencia. Bajo esa perspectiva, se ha indagado en torno a esta aparente paradoja entre cambio y continuidad, y se han propuesto diferentes categorías, que van de conceptos como el de <sincretismo>, el cual se distingue por poner énfasis en la síntesis cultural entre elementos de origen prehispánico y europeo, hasta términos como <yuxtaposición> que, en dirección opuesta, encuentra que a partir de la evangelización se presentó una reorganización de ambos orígenes en campos diferenciados.[2]

Aunque se considere la religiosidad indígena actual como resultado de una síntesis o de una superposición, como señalará Alessandro Lupo, son pocos los estudios que abordan los procesos de transformación a partir de la relación con el contexto socio-político, el cual se distingue, ciertamente, por el constante enfrentamiento y negociación.[3] En este sentido y bajo ese ánimo, en el presente artículo se pretende explorar, justamente, esta posibilidad a partir de una celebración de los nahuas de Pahuatlán vinculada a los manantiales que se lleva a cabo en el marco de la fiesta de la Santa Cruz, con base en el enfoque de Mijaíl Bajtín, y en específico, siguiendo sus planteamientos en torno a la creatividad del pasado en el presente que se encuentra en la noción de lo dado y lo creado.

La Fiesta de los Manantiales, en efecto, constituye un tiempo y espacio privilegiado desde el cual aproximarnos al cambio y continuidad de la tradición religiosa en el contexto de un pueblo enclavado en la zona occidental de la Sierra Norte de Puebla.[4] Esta fiesta expresa, por un lado, las transformaciones y adaptaciones que se han hecho de la visión del mundo y de la religiosidad anclada en la creencia en los dueños y aires, a partir de la creciente presencia del dogma católico instrumentalizada por un "programa de evangelización" desde la década de los setenta; por el otro, manifiesta las contradicciones generadas por la introducción del sistema de partidos y, en especial, la disputa entre el Partido Revolucionario Institucional y el Partido de la Revolución Democrática, que entre los nahuas de Pahuatlán, y en particular en la comunidad de Atla, se ha centrado en la querella por el uso de los manantiales.

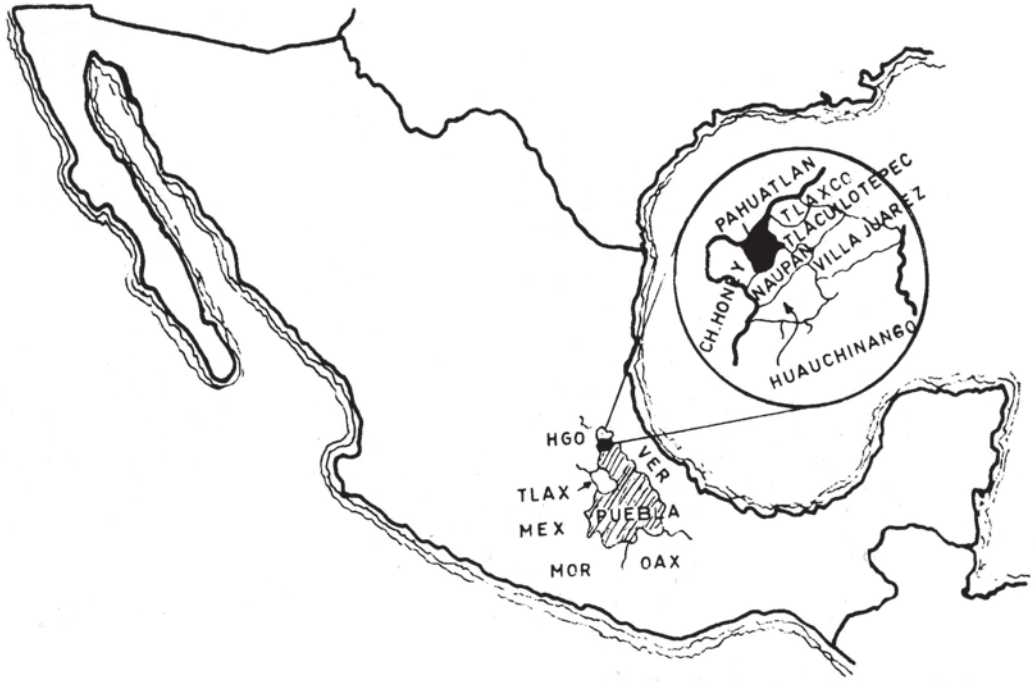

FIGURA 1. Mapa: Ubicación de Pahuatlán. Tomado de Montoya Briones, *Atla. Etnografía de un pueblo náhuatl,* p. 20.

Tanto el contexto religioso como político ha dado lugar a un creciente cambio que se manifiesta no sólo en la práctica ritual sino también en los significados en torno a los manantiales, que si bien ha propiciado la diversidad y las contradicciones, igualmente ha consolidado una valoración y un sentido compartido que da cuenta de la persistencia de una lógica cultural que no sólo deja ver la actualidad del pasado en el presente, sino también la creatividad de la tradición (fig. 1).

Disputa por el uso y representación del agua

Por ubicarse en el mes de mayo, mes que se distingue por la intensidad de la estación de secas y la escasez de agua, la Fiesta de la Santa Cruz está orientada, justamente, a los manantiales, los cuales se destacan por proporcionar este recurso primordial. El agua, desde la perspectiva de los nahuas de Pahuatlán, no sólo tiene un carácter práctico en cuanto a la obtención de un medio fundamental para la subsistencia material de la comunidad, sino también adquiere un valor simbólico como parte de su visión del mundo en torno a los dueños, o *itekome* en náhuatl.

En efecto, dentro de la tradición, los manantiales están asociados a la Sirena; en sí esta entidad, que también se le conoce como *Atlanchane*, "habitante del agua", junto a los aires, es a la que se dirige el ritual y, particularmente, las ofrendas que se destinan. Como sugiere un mismo nahua:

> Ella es la que provoca los relámpagos, es la que nos trae el agua, relampaguea cuando mueve su colita la sirena. Como ahorita que no relampaguea, en tiempo de seca no hay ni para tomar, cuando llueve en junio, donde quiera brota el agua. Se debe comprar todo lo que pide, aretes, anillos, medallas, su jíca-

> ra, una canasta y se le lleva pollo, pan blanco, papel blanco, fruta. Hay que tratar con una señorita, bonita y todo, hay que tratarla con cariño.[5]

En la época de sequía los nahuas acuden a los distintos manantiales durante la fiesta de la Santa Cruz, ya que no sólo se tiene la creencia de que en los manantiales se encuentra la Sirena, sino que durante la temporada de secas se dirige al mar, rumbo a *tlatsintla* (abajo), lugar donde habita. La escasez de agua, motivada en principio por la ausencia de *Atlanchane*, da lugar a un conjunto de ofrendas que se distribuyen entre la Sirena y los aires, a fin de que la primera abandone el mar y retorne a los manantiales.

Además de veladoras y atole de chocolate, las ofrendas se acompañan de arreglos compuestos por papel de china, uno de color blanco y otro de color rosa, dentro de los cuales se colocan dos panes (a los cuales se pone tres pedazos de chocolate a manera de una carita), dos huevos de gallina y dos cigarros. Sobre los manantiales se colocan a su vez arreglos de *xochimakpali* o "flor de mano", elaborados con la flor de mayo o *kakaloxochitl,* flor ceremonial que, por excelencia, brota durante el mes de mayo[6] (fig. 2).

No obstante de esta representación y actividad ritual en torno a los manantiales, que sin duda constituye un aspecto fundamental de su religiosidad, en la actualidad se pueden observar no sólo cambios, sino también una diversidad de perspectivas, que responden al contexto actual y a la historia reciente de los nahuas de Pahuatlán.

En Atla, hoy día, se da una disputa tanto por el uso como por la representación del agua, que tiene como trasfondo cuatro aspectos fundamentales: el "programa de evangelización", la introducción del sistema de partidos, el cambio en el clima aparejado al crecimiento demográfico y, por último, las diferencias generacionales.

Figura 2. Ofrenda para *Atlanchane*, Atla, Pahuatlán, mayo 2005. Foto: Eliana Acosta Márquez.

Centrándonos en el primero, habrá que decir que a partir de los años setenta, desde la diócesis de Tulancingo y la Parroquia de Pahuatlán, se orquestó un plan llamado, justamente, "programa de evangelización", encaminado a cristianizar a los pueblos de la región, entre ellos los nahuas de Pahuatlán, que presentaban en pleno siglo XX rastros de "idolatría"; por tanto, se buscó no sólo consolidar una mayor presencia de los sacerdotes, sino también introducir a gente de las mismas localidades en el dogma católico, conocidos como catequistas, quienes serían los encargados de transmitir "la palabra de Dios". Con la finalidad de "acabar con la brujería", encabezados por el sacerdote, los ya evangelizados se encargarían de perseguir a los brujos y desaparecer sus utensilios en lugares de culto como las cuevas y cerros. Al grado que recuerdan los atecos, cómo fuera de la iglesia o en puntos como el *Sowapiltepetl* o Cerro de la Mujer, se quemaron las mesas de los "brujos", su instrumento de trabajo por excelencia, y se les obligó a retractarse de su "hechicería", y junto con ello, se les "invitó" a evangelizarse.

En relación con la Fiesta de los Manantiales, destaca un cambio fundamental, asociado a este proceso, en relación con la ausencia en la actualidad de los *tlamatkime* o adivinos, quienes eran los encargados de dirigir el ritual, ausencia que rememora en el siguiente relato un ateco que, desde su perspectiva, es una de las causas por las que ahora escasea el agua:

> Cuando yo tenía siete, ocho años, hace setenta años creía la gente, antigüita, viejita, estaban haciendo fiesta hasta un lugar que se llama *tlaltipaktli* (la tierra), ahí están haciendo la fiesta, pero lo respetaban, entraba puro hombre viejito, abuelito, dicen que le están haciendo la fiesta a la Sirena…día y noche, ahí están bailando … Matan guajolote y ahí lo entierran, atole con pan, violín y bailando, y los que van a dejar la ofrenda, no faltaba agua, donde quiera había agua… llovía mucho pero hacían su fiesta los viejitos, los cuatro, dos viejitas y dos ancianitos, dos niños y dos niñas… están llamando al agua, a la sirena, pero no nomás de hablar, ahí está su regalo, ahí está su *matlakualo* (comida), le dan de comer a la sirena, quien sabe quien enseñó eso.[7]

Con base en el "programa de evangelización" no sólo se ha buscado que los nahuas remplacen sus tradicionales especialistas rituales por los sacerdotes, sino también se ha pretendido que en lugar de identificar a los aires o los dueños como los *itekome* de su mundo, consideren como "señores" a Dios, Jesucristo o la Virgen María. En este sentido, el caso más representativo es la imagen del Santísimo Sacramento: conocida con el nombre de *Tlanextli*, la custodia y la hostia que dan forma al Santísimo Sacramento se tornan en el pensamiento nahua en la imagen del sol, asimilado regionalmente a la figura de Cristo. Esta identificación es fundamental entre los nahuas de Pahuatlán y ha provocado que los sacerdotes locales, a través de los catequistas, se empeñen en lograr que los nahuas dejen de representar al Santísimo Sacramento como una imagen del sol y lo tomen por el "cuerpo de Cristo". La insistencia parece justificada si se considera que, a partir de las representaciones de la hostia y de la custodia que la resguarda, los nahuas han interpretado y nombrado al "cuerpo de Cristo" como *teotl* (dios), lo cual se ha prestado a nuevas interpretaciones, en el sentido de que ingerir la hostia equivale a "comer" la fuerza (*chikawak*) de Cristo-Sol.

Al igual que el Santísimo Sacramento, se ha pretendido que los nahuas dejen de identificar a la Sirena con los dones de los manantiales y, en cambio, representen a Dios como el agente y creador del agua. De esta manera, a través de los sacerdotes y los catequistas, se difunde la idea de que no es necesario "darle sus regalos a *Atlanchane*", sino más bien, ofrecer una misa a Dios y, en particular, a Jesucristo, el día de la Santa Cruz, además de seguir "la palabra Nuestro Señor" por medio de los padres de la Iglesia (fig. 3).

Si el "programa de evangelización" ha sido un factor determinante en la vida de los nahuas de Pahuatlán, al grado de distinguir, al interior de la comunidad, los "evangelizados" de los "no evangelizados", lo ha sido también la introducción del sistema de partidos. Si bien la elección de autoridades civiles y la presencia del Partido Revolución Institucional son anteriores a los años noventa, desde esta década es significativa la contienda en-

FIGURA 3. Misa dedicada a la Santa Cruz. Atla, Pahuatlán, mayo 2005. Foto: Eliana Acosta Márquez.

tre éste y el Partido de la Revolución Democrática, sobre todo desde el 2000, al punto de que este último logró consolidarse como el partido con mayor presencia entre la población nahua del municipio de Pahuatlán. El uso de los manantiales es el punto en el que más se expresa la disputa entre los priístas y perredistas, disputa que tiene una historia que se prolonga hasta nuestros días.

Antes de que el aprovechamiento del agua estuviera dividido entre perredistas y priístas, los nahuas recuerdan cómo cada familia asistía al manantial más cercano y de ahí se proveía del líquido vital sin que nadie se adjudicara propiedad alguna, como se constata en la siguiente narración:

> Como yo vivo acá y los vecinos vivimos acá, tenemos un manantial, el de Atexcapa, un manantialito, uno como yo tengo que llevar, no cubetas o garrafones como ahora, antes eran ollones, *tsotsokole*, así grandes, entonces esos *tsotsokoles*, en español olloles. A la persona, por ejemplo como yo, voy a cargar mi ollol y un jarro, puro de barro, antes puro barro, no como ahora con el plástico, yo con mi pequeña también va a tener su ollolito, chiquito, para que me ayude […] Nadie era dueño del manantial, son los que viven cerca, pero tiene que traer hasta allá, quien sabe cuántas personas tienen que ir acarrear por allá, de otro barrio van a otro manantial va a accarrear uno, la ropa se lava hasta el río.[8]

La razón por la cual cambió esta forma de aprovechamiento, tiene diferentes versiones, sobre todo si la persona se identifica con el PRD o el PRI. De manera que, por un lado, los perredistas señalan cómo los priistas no sólo se apropiaban de la Presidencia Auxiliar, sino también de la forma en que acaparaban el agua, y otros recursos, en me-

noscabo de la mayoría del pueblo, que terminaría afiliándose al PRD. En cambio, los partidarios del PRI acentúan la forma en que los miembros del Partido de la Revolución Democrática se apropiaron, de "manera violenta y ventajosa", del manantial de Atexcapa, el cual abastecía de agua a una gran parte de población de Atla, de manera que los miembros del Partido de la Revolución Institucional se vieron obligados a gestionar con las autoridades estatales el suministro de agua potable desde el manantial de Toxtla, fuera del municipio de Pahuatlán.

Un acontecimiento en torno a la disputa entre los dos partidos por el uso de los manantiales, y del que se tiene un singular recuerdo, se remonta a 1999, año en que en plena "fiesta del pueblo", cuando terminó la misa durante el *altepeilwitl,* se dio una trifulca entre los grupos contrarios fuera de la Iglesia, en la cual resultaron varios heridos, incluidos mujeres y niños, y muerto "el juez de paz", una de las principales autoridades de la presidencia auxiliar.

Tensión vivida hace una década y que en la actualidad amenaza con volver con la misma violencia, ya que el PRD en el poder ha gestionado con la presidencia municipal, también del mismo partido, que el agua potable de Toxtla no sólo sea para los afiliados al PRI, sino que ante el principio de que el "agua es federal", todos los atecos puedan tener acceso. El 8 de septiembre de 2009 el presidente municipal de Pahuatlán decretó el inicio de las obras para que se amplíe la red de abastecimiento. Decreto al que se han opuesto los priístas, quienes arguyen que ellos solos fueron quienes llevaron a cabo las obras para la manutención del agua potable de Toxtla, después de haber sido despojados del manantial de Atexcapa. El conflicto sigue, y cada vez se torna más difícil, no sólo por las diferencias partidistas, sino también por otro hecho fundamental: la escasez de agua aparejada al crecimiento de la población.

En efecto, otra de las causas que influye en la disputa del agua es su progresiva demanda mientras este recurso se reduce cada vez más, y no sólo por su creciente aprovechamiento, sino también por la disminución de las lluvias. En cincuenta años casi se ha triplicado la población, de tal modo que si en los años cincuenta había cerca de 600 habitantes, en la actualidad son aproximadamente 1,700; en tanto que la densidad de las lluvias ha bajado considerablemente, como lo destacan los propios atecos, quienes antes podían sembrar en dos temporadas, y ahora sólo en una, la que va de junio a noviembre, abandonando la que iba de enero a mayo. La escasez del agua no sólo afecta a la agricultura, sino también al almacenaje de agua de los manantiales, que hasta hoy día no ha dejado de ser el principal proveedor de agua para los nahuas de Pahuatlán. En tanto que la población no deja de aumentar, y ante la creciente demanda, los atecos han olvidado los lazos comunitarios y se han volcado a luchas de partido para obtener el recurso vital.

Por último, resta considerar otro factor: la diferencia entre las generaciones. En Atla es notable el contraste al interior de los grupos de edad, de tal modo que es posible observar cómo los ancianos son quienes perpetúan la creencia en dueños y aires y se arraigan al maíz y al bordado y quienes nombran a dios *tonali,* al alma *itonal* y al cielo *nelwikak.* Los adultos jóvenes, al igual que pueden estar ligados a la "costumbre", y en especial al sistema de mayordomías, optan por no hablarles a sus hijos en náhuatl para que no se les dificulte hablar en "castilla" y dejan de trabajar la tierra para conseguir fuera de la comunidad un "mejor trabajo". Mientras que para algunos muchachos es "naco" bailar danzas tradicionales y prefieren bailar *break dance* o *reguetón,* las chicas rechazan el uso de las enaguas y admiran a las "artistas" de televisión. Si bien esta tendencia de cambio entre las generaciones no es absoluta ni predominante, sí se presenta como una tendencia dentro de la comunidad, y en relación con la Fiesta de los Manantiales se expresa, por un lado, como un cuestionamiento de la creencia en torno a los dueños y aires o, por el otro, como un dejo de indiferencia entre los jóvenes ante esta celebración, que para adultos jóvenes, y más aún, entre los ancianos, resulta imprescindible.

Indudablemente, la disputa por el agua se presenta en un proceso de cambio de gran envergadura, que trasciende este problema y que impacta

en distintas dimensiones en la vida de los atecos. Cambio que ciertamente es notable en la actualidad, pero que ya observara y registrara Jesús de Montoya Briones en la década de los sesenta, al grado de declarar:

> Esta impresión de resquebrajamiento y desintegración se quiere ver comprobada cuando se observa que unos individuos creen en una cosa, otros en una diferente, y unos más en cosas diferentes a la de los anteriores, de tal suerte que pareciera un conjunto caótico y desarticulado de creencias y doctrinas sin ninguna conexión entre sí. [...] Tal resquebrajamiento, efecto lógico del cambio sociocultural, se puede interpretar como un proceso de reintegración y de reinterpretación y no sólo como un proceso desintegrativo, todo lo cual nos habla de una cultura en transición en pleno proceso de cambio.[9]

El "dialogismo" en la tradición

El proceso de cambio, que constatara Montoya Briones en los años sesenta, es posible que en la actualidad no sólo sea más pronunciado, sino también más diverso y contradictorio, en función del contexto actual de Atla marcado por las diferencias religiosas, políticas y de generación. Esta diversidad y contradicciones han propiciado, en efecto, una disputa por el uso y representación del agua asociada a las diferencias de edad, de partido y de tendencia religiosa, que a su vez, ha dado lugar a la presencia de múltiples voces y, con ello, de múltiples visiones del mundo y puntos de vista. Heteroglosia que, siguiendo el enfoque de Mijaíl Bajtín, propicia no sólo distintas posiciones, sino también el diálogo entre las mismas, diálogo, habrá que subrayar, que posibilita y aviva la diferencia.

La Fiesta de los Manantiales bien se puede tomar como un cronotopo, es decir, la conjunción de un tiempo y un espacio en el cual es posible "leer el tiempo en su espacialidad" y, en particular, las contradicciones y la heterogeneidad histórica en la vida actual. Lo cual, siguiendo a este pensador, da cuenta no sólo de los diferentes tiempos y del proceso de formación del presente, sino también de la actualidad creativa del pasado en el presente, como bien hiciera notar en relación con sus estudios de crítica literaria:

> Ya no existe la mezcla mecánica y fortuita del pasado en el presente: todo tiene un lugar *fijo* y *necesario* en el tiempo. […] el pasado mismo ha de ser *creativo,* ha de ser *actual* del presente (aunque sea en un sentido negativo, indeseable). Un pasado creativamente actual, que determine el presente, diseña, junto con el presente, el futuro, define en cierta medida el futuro. Así se logra la *plenitud del tiempo,* una plenitud evidente y visible.[10]

Ciertamente, durante la Fiesta de los Manantiales, que se lleva a cabo a partir del primero de mayo y se prolonga el día cuatro y todavía hasta el cinco, se realiza una serie de celebraciones alternadas en cada uno de los principales manantiales, de manera que es posible observar en cada uno de ellos los distintos tiempos en el ritual. Esta temporalidad se expresa, además de en la afiliación partidista, en la tendencia, con mayor profundidad en el tiempo, de seguir la costumbre arraigada en los dueños y aires o, en la más reciente, que se distingue por ser más afín al dogma católico.

De los cuatro principales manantiales de la comunidad, que son Atlatenco, Atexcapa y Apilhuasco al interior de Alta, y Toxtla, fuera de Pahuatlán, su celebración no sólo ha adquirido tintes partidistas, sino también se dejan ver las contradicciones religiosas y las diferencias sociales y de edad. Si bien no es posible marcar una distinción absoluta, ya que en cada uno de los manantiales es posible encontrar una tendencia y otra, es posible identificar en Toxtla y Atexcapa dos polos.

Por una parte se encuentra Atexcapa, celebración en la que de manera contundente predominan los perredistas y se presenta un notable predominio de la perspectiva de los "evangelizados"; mientras que en Toxtla los priístas imperan y se manifiesta un apego por la tradición en torno a los dueños. De igual manera, en Atlatenco y Apilhuasco, se manifiesta un arraigo por la "costumbre". En tanto que en Atexcapa se identifica a los

manantiales con la imagen de Dios o Jesucriso, y se privilegia la misa, e incluso la presencia del sacerdote; en Toxtla, Atlatenco y en Apilhuasco aparece la Sirena y los aires como los principales destinatarios del ritual y de las ofrendas. Esta distinción no sólo se reconoce en el tipo de manantiales que se trate, sino también en la diferencia de edad, y en ese sentido, es posible constatar una mayor presencia de población joven que se adhiere al dogma católico y participa en el Partido de la Revolución Democrática. Mientras que son en su mayoría priístas los que habitan en el centro del pueblo, y cuentan con líderes predominantemente de mayor edad; en sí, éstos son identificados como las viejas autoridades de la comunidad.

Si bien estamos ante una diferencia de tiempos, también nos encontramos ante una diversidad de voces que se expresan en el discurso en torno a los manantiales, y como hiciera notar Bajtín: "Su 'conversación' puede ser registrada únicamente mediante un enfoque translingüístico, sólo cuando se les vea como 'visiones del mundo' (o como un cierto sentimiento del mundo realizado a través de la lengua o más bien a través del discurso), 'puntos de vista', 'voces sociales', etcétera".[11] Esta "heteroglosia", que es posible identificar en Atla, ha dado lugar a distintas visiones en torno a la fiesta que se orientan a partir de las dos principales tendencias; sin embargo, también ha producido relaciones dialógicas, de manera que es posible distinguir sentidos diversos y a la vez compartidos.

Tanto en la tendencia arraigada a la costumbre de los dueños y aires como en la que privilegia el dogma católico, ya no se encuentra la presencia de los *tlamatkime,* los adivinos, quienes, como ya se advirtió, eran los encargados de dirigir el ritual. Ahora se considera, por un lado, los padrinos de Cruz y presidentes de Comité y, por el otro, mujeres, generalmente parteras, quienes se hacen cargo. Asimismo, en el ritual, y en particular en la ofrenda, se llevan a cabo actividades semejantes y se destinan los mismos elementos, como la entrega de un "regalo" compuesto por papeles de china, que albergan cigarros, huevos, pan y pedazos de chocolate, así como el ofrecimiento de aguardiente, veladoras, sahumerio y, sobre todo, arreglos elaborados con flor de mayo o *kakaloxochitl.* No pueden faltar los sones de flor y el *mitotia* o baile, al igual que no es posible prescindir de la comida ofrecida a todos los presentes, compuesta por guajolote en mole, y en la actualidad también por carnitas de puerco (fig. 4).

Bajo esta perspectiva, estamos ante una conjunción entre lo dado y lo creado, siguiendo el planteamiento de Bajtín, que da cuenta de la persistencia de una lógica junto con la incorporación de innovaciones. Respecto al estatuto del enunciado, que alumbra la cuestión del ritual, Bajtín señala:

> Un enunciado [léase ritual] nunca es reflejo o expresión de algo ya existente, dado y concluido. Un enunciado siempre crea algo que nunca había existido, algo absolutamente nuevo e irrepetible, algo que siempre tiene que ver con los valores (la verdad, con el bien, con la belleza, etc.). Pero lo creado siempre se crea de lo dado (la lengua, un fenómeno observado, un sentimiento vivido, el sujeto hablante mismo, lo concluido en su visión del mundo.). Todo lo dado se transforma en lo creado.[12]

Siguiendo este planteamiento de Bajtín, ciertamente es posible observar lo creado en relación con la mayor presencia del dogma católico o del carácter partidista; no obstante, encontramos lo dado, más allá de la identificación de los manantiales con la Sirena o con Dios, a partir de un valor y un sentido compartido en relación con el vínculo que se establece con las entidades sobrenaturales. En efecto, a partir de la relación que se establece entre una parte y otra, entre los atecos como solicitantes de agua y la Sirena o Dios como los donantes, se considera y afirma que el "agua no se fabrica" sino es un don que se otorga por estas fuerzas y se obtiene con base en la actividad ritual.

En general, los nahuas procuran establecer una relación de intercambio con los no humanos, particularmente con los dueños, aires y santos, por la dependencia que tienen de ellos, no sólo por la disponibilidad del agua, sino también para la obtención de una buena cosecha o de la curación eficaz

FIGURA 4. *Mitotia* o Baile. Atla, Pahuatlán, mayo 2005. Foto: Eliana Acosta Márquez.

de una enfermedad. Ellos son los *itekome* o dueños del agua, de los animales o del maíz, y son los responsables de un buen temporal, e incluso, de la buena fortuna de una persona. De especial cuidado es el acceso a los territorios que se les atribuyen, al grado que es común que un nahua evite pasar por un cruce de caminos por temor del mal influjo de un aire o *yeyekatl*, o procurar que los niños al jugar no entren a las cuevas por temor a que su alma se quede ahí atrapada. Si se llega a pasar por un cruce de caminos, una cueva o un manantial, se pide un permiso a la divinidad correspondiente y se agradece por consentir su estancia en el lugar.

Si por el contrario, no se respeta la competencia de la divinidad, al acceder, por ejemplo, a un cruce de caminos o a una cueva sin el cuidado apropiado, o se caza más de lo debido y se llega a contaminar el agua del manantial, seguro la persona pierde fuerza o *chikawak*, y por tanto, el adecuado pulso del *itonal*.[13] Más aún, si se duda de su potencia o influjo, es muy probable que la persona sufra un accidente que pueda llevar hasta la muerte; lo cual, se advierte, es común en la gente "joven" y, en general, en aquel que dude de la costumbre y la creencia. En sí, además de procurar una apropiada relación con los no humanos, se acepta su potencia y jerarquía, esto es, no sólo se asume su carácter de "dueños" o "señores", sino también se ve en ellos a los "dadores" por excelencia, siempre y cuando, se cumpla con el principio de respeto e intercambio.[14]

Consideraciones finales

Entre los nahuas de Pahuatlán, y al parecer entre los serranos en general, como advirtiera Alfredo López Austin, se identifica el origen y naturaleza de las "clases mundanas" en la "sustancia divina", representada especialmente por los dueños. El "depósito y fuente general de las semillas" que dan lugar a cuanto hay, proviene de su voluntad y

potencialidad.[15] Esta concepción del mundo en la cual la naturaleza se personifica y se le confiere una intencionalidad, enfatizaría la importancia de la relación que se establece entre humanos y no humanos; de los vínculos que se establecen depende la dinámica de las cosas, de manera que si bien hubo un tiempo en el cual se originó todo, su continuación y permanencia sólo es posible por la necesaria y constante relación entre ambos.

Ante una lógica como esta es improcedente la fabricación del agua o un pago en dinero y, por tanto, es impensable que este recurso no provenga de un don proporcionado por un existente, ya sea identificado con la Sirena, Dios o Jesucristo. Así pues, a pesar de los cambios en la representación del agua y más allá de los conflictos entre partidos y diferencias generacionales, no deja de ser una constante en la vida cotidiana y en la tradición religiosa de los nahuas de Pahuatlán, la preeminencia de las relaciones de intercambio (que se prolongan a los no humanos) y la vigencia de la actividad ritual.

Al considerar tanto la continuidad como los cambios, no hay razón para dudar que la Fiesta de los Manantiales tenga una profundidad histórica que antecede a la época colonial, y de la misma forma sería improcedente no considerar el impacto que tiene el contexto actual, especialmente ciertos procesos, como es el "programa de evangelización" o de la introducción del sistema de partidos. Impacto que no sólo ha dado lugar a una mayor presencia del dogma católico o de contradicciones políticas, sino también ha contribuido a una diversificación de la visión del mundo y de la práctica ritual, que sin duda presenta un desafío para su registro etnográfico y su cabal comprensión, más allá de perspectivas y conceptos asentados.

Notas

[1] Este estudio es resultado de una investigación a largo plazo que llevo a cabo entre los nahuas de Pahuatlán desde el año de 2005 hasta la fecha, el cual se ha centrado en la actividad ritual y narrativa en torno a los existentes no humanos, como son los dueños, aires y santos. Asimismo, la perspectiva de estudio se generó en el Seminario de Tradición Oral coordinado por José Alejos.

[2] Véase, por ejemplo, la perspectiva en torno al sincretismo de Hugo Nutini en su artículo "Syncretism and Acculturation: The Historical Develompment of the Cult of the Patron Saint in Tlaxcala, Mexico (1519-1670)" y de Jacques Galinier, en relación con la yuxtaposición, en *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes.*

[3] Alessandro Luppo, "Síntesis controvertidas. Consideraciones en torno a los límites del concepto sincretismo", p. 21.

[4] Pahuatlán es uno de los 15 municipios que conforma el distrito de Huauchinango del estado de Puebla; de sus 25 localidades, cuatro están constituidos por población nahua; cerca de cinco mil habitantes se encuentran distribuidos en su mayoría en Xolotla y Atla y, en menor medida, en Atlantongo y Mamiquetla. Por más que en la historiografía y la etnografía hayan sido ubicados los nahuas de Pahuatlán, son contados los trabajos que dan cuenta de su realidad histórica y cultural, estado que contrasta con la abundante literatura de otras partes de la Sierra, como la zona oriental. En ese contexto, tiene especial importancia la obra de José de Jesús Montoya Briones, quien publicara hacia la década de los sesenta, la etnografía hoy clásica, *Atla. Etnografía de un pueblo náhuatl.*

[5] Amado Vargas, Atla, Pahuatlán, 11 de abril de 2009.

[6] La fiesta de la Santa Cruz es, en efecto, el momento que inaugura el tiempo de la flor de mayo, cuya fuerza o *chikawak* tiene la cualidad de hacer frente a los malos aires. Ante la ausencia de la Sirena y de su elemento asociado, como es el agua, la *kakaloxochitl* representa uno de los pocos factores favorables durante la sequía que se prolonga en el mes de mayo, época de su aparición.

[7] Eladio Domínguez, Atla, Pahualtán, 8 de septiembre de 2009.

[8] Ofelia Pérez, Atla, Pahuatlán, 9 de septiembre de 2009.

[9] Montoya Briones, *Atla: Estudio sobre los Valores,* Tesis para optar al Título de Etnólogo y al grado de Maestro en Ciencias Antropológicas, p. 177.

[10] Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, p. 226.

[11] *Ibid.*, p. 311.

[12] *Ibid.,* p. 312.

[13] A diferencia de otros pueblos indígenas de la sierra en los que se identifican varias entidades anímicas, para

este pueblo nahua cada persona cuenta con un *itonal* o *ianimantsin* que se localiza en la palma de la mano, en *nomaixko,* como se nombra en náhuatl, el cual es el garante de la vitalidad de una persona: alguien con salud tiene un buen pulso ya que *ianimantsin* se encuentra en el corazón de la mano, mientras que alguien enfermo puede que se localice en alguna parte del brazo, pero si llegara a estar en la axila, quiere decir que ya no hay manera de salvarlo porque el *itonal* ha subido demás, y por tanto, ya no hay posibilidad de que vuelva.

[14] Junto con los aires se encuentra la creencia en dueños, los cuales forman parte de los existentes no humanos que intervienen en aspectos esenciales de la vida, como el agua, la tierra o el maíz. En relación con los *itekome,* como se nombra en náhuatl a los dueños, extrañamente Montoya Briones no hace especial referencia, pero Alain Ichon proporciona información relevante al respecto. Este antropólogo clasifica a los dueños como parte de una jerarquía de potencias en tres órdenes: primero están los grandes dioses, entre los que destacan el Sol, así como los padres y madres creadores, los cuales ocupan un domino divino fuera del alcance del hombre. Le siguen las divinidades secundarias, como la Luna, las Estrellas o los Vientos, quienes viven en un espacio humano orientado a los puntos cardinales. Por último están los dueños, como el señor del Monte de los manantiales o del hogar, los cuales son parte del hábitat humano y presentan la particularidad de estar vinculados directamente al dominio del hombre. Véase, Alain Ichon, *La religión de los totonacas de la sierra.*

[15] Alfredo López Austin, *Tamoanchan y Tlalocan*, p. 127.

Bibliografía

Bajtín, Mijaíl, *Estética de la creación verbal,* traducción de Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, 2003.

Brockway, Earl, Trudy Hershey, Leodegario Santos, *Diccionario náhuatl del norte del estado de Puebla,* México, Instituto Lingüístico de Verano-Universidad Madero, 2000.

Galinier, Jacques, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes,* México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-Instituto Nacional Indigenista, 1990.

García Martínez, Bernardo, *Los pueblos de la Sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700,* México, El Colegio de México, 1987.

López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Lupo, Alessandro, "Síntesis controvertidas. Consideraciones en torno a los límites del concepto sincretismo", *Revista de Antropología Social,* vol. 5, Servicios de Publicaciones UCM, 1996, pp. 11-37.

Molina, Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana,* México, Editorial Porrúa, 2001.

Montoya Briones, José de Jesús, *Atla: Estudio sobre los Valores,* tesis para optar al Título de Etnólogo y al grado de Maestro en Ciencias Antropológicas, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1963.

—, *Atla. Etnografía de un pueblo náhuatl,* México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964.

—, *Significados de los aires en la cultura indígena,* México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1981 (Cuadernos del Museo Nacional de Antropología).

Nutini, Hugo G., "Syncretism and Acculturation: The Historical Develompment of the Cult of the Patron Saint in Tlaxcala, Mexico (1519-1670)", *Ethnology. International Journal of Cultural and Social Anthropology,* volume XV, number 3, july 1976, 301-321.

Stresser-Péan, Guy, *Le Soleil-Dieu et le Christ. La christianisation des indiens du Mexique,* Paris, L'Hartmattan, 2005.